

OSCAR ESCUDERO
IN MEMORIAM

Óscar era un buen hombre, un hombre bueno. No hacía falta mucho tiempo para darse cuenta de ello, bastaban apenas unas horas, una caminata compartida, una charla junto a un arroyo..., era más que suficiente para saber que era muy fácil congeniar con él. Imposible no disfrutar de su conversación pausada, de su risa franca y fácil que se ofrecía sin tapujos para todo el que quisiera compartirla.

“Cuando oigo la risa de Oscar, siempre me pregunto qué es lo que me estoy perdiendo”, fue lo que dijo un compañero una de las muchas veces que aquella risa sonaba desde la retaguardia del grupo.

De Óscar se podían aprender muchas cosas. Le gustaba hablar, le gustaba hablar de sus cosas, de las cosas de los otros, de nuestras cosas. Sus cosas eran las cosas de la vida: sus libros, sus músicas, sus pueblos, sus amigos, su familia, sus tierras. Sus cosas eran sus ríos, sus montes, sus valles, sus senderos. Sus cosas eran también sus iglesias, sus monasterios, sus pueblos abandonados, las piedras olvidadas en las que sabía leer como nadie sobre las vidas de los que habían reído, llorado y sufrido entre ellas.

Y sus cosas eran también las charlas de salón, aunque el salón en el que charlásemos no tuviese paredes. A Óscar le gustaban los salones que estaban rodeados de árboles, en medio de los árboles, invadidos por la niebla, salones en los que las alfombras habían sido sustituidos por millones de hojas caídas que ocultaban las huellas de sus botas, salones en los que el ruido del tráfico se había transformado en el arrullo del viento o salones situados a dos mil metros de altura invadidos por un silencio sepulcral.

En esas charlas de salón yo aprendía cosas, le escuchaba y aprendía cosas, cosas que no voy a olvidar porque no las quiero olvidar.

Por todo esto, y por muchas cosas más, es por lo que de ahora en adelante cuando caminemos por el monte, cuando volvamos a recorrer todos los caminos que recorrimos con él, cuando nos fatiguemos en los repechos de esos caminos, cuando volvamos a cruzar todos los valles que cruzamos con él, cuando volvamos a descansar sobre las mismas piedras en las que descansamos con él, cuando volvamos a sentir el mismo frío y el mismo calor que sentimos con él o simplemente cuando volvamos a mirar las fotografías en las que aparece él, cuando todas esas cosas vuelvan a suceder, podremos detenernos y escuchar, en silencio, otra vez, una vez más, su risa franca, su risa fácil, la risa que le gustaba compartir.

Se ha repetido hasta la saciedad que nadie muere del todo mientras su recuerdo perviva en la mente de alguna persona, de cualquier persona. Yo estoy firmemente convencido de ello y por eso sé que Óscar vivirá mucho tiempo, tanto como el que vivamos todos y cada uno de nosotros, de todos y cada uno de los que tuvieron la suerte de conocerle.

Estoy, además, absolutamente convencido de que cuando se cruza el río que solo se puede cruzar una vez, cuando se llega a la otra orilla, Óscar y los que son como Óscar descansan y sueñan. Podéis estar seguros: Oscar está soñando, sueña con su familia, con Teresa y con Dalia, con Dalia y con Teresa, sueña con sus libros, escucha y sueña con su música, recorre y sueña con sus senderos, con sus valles y con sus montes, con todos los que recorrió y con todos a los que ascendió.

Yo solo espero que, entre tanto sueño, le quede, de vez en cuando, un ratito libre para soñar con sus amigos, espero que sueñe con nosotros.

Sueña con nosotros Óscar, sueña tranquilo, sueña en paz.